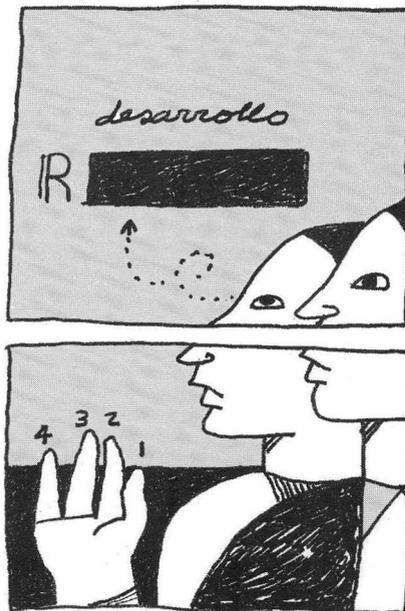
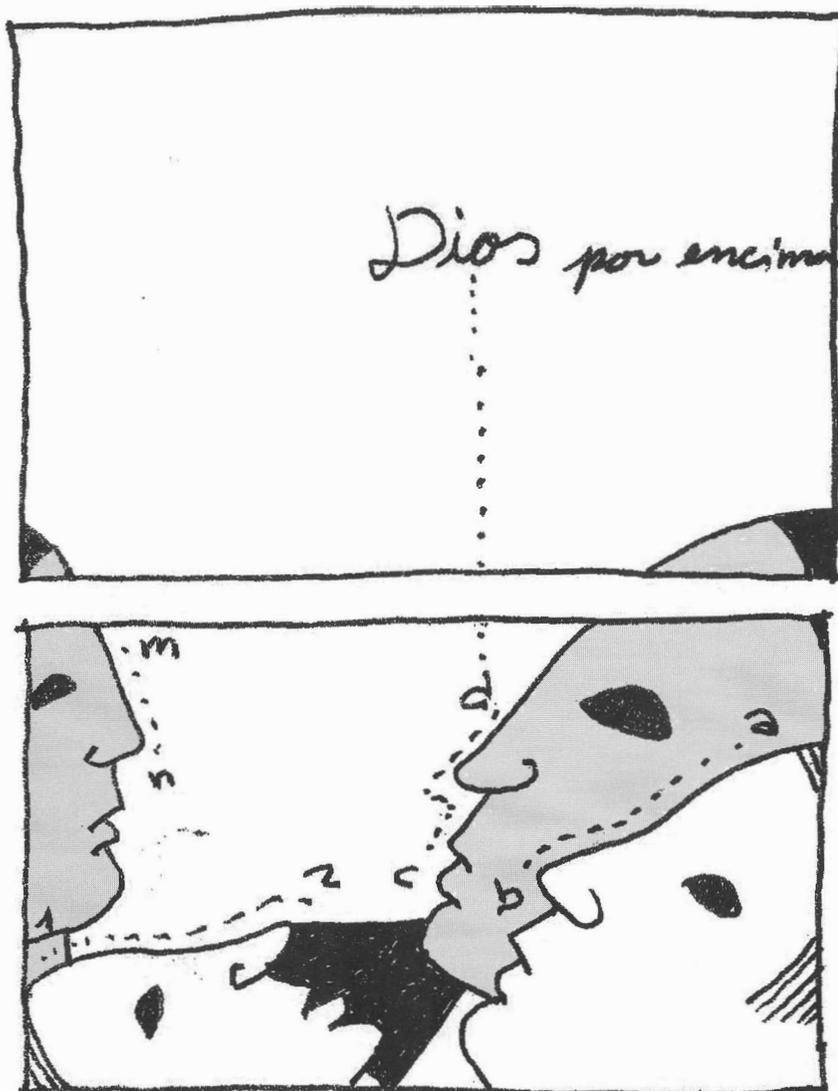


# DISCIPLINAR



# El reinado de Dios como horizonte de la teología de la Doctrina Social de la Iglesia



\* El Sacerdote Ignacio Álvarez Gómez es licenciado y doctor en Teología de la Universidad Gregoriana de Roma, diplomado en Pastoral del Instituto *Lumen vitae* de Bruselas y perito en Liturgia del Instituto Católico de París. Desde hace dieciséis años es docente e investigador en Dogmática, Sacramentos, Liturgia, Antropología, Cristología y Escatología de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana, además, es director del septuagenario programa de radio La Hora Católica y autor del libro «Cristo, sacramento de Dios en la historicidad de los hombres».

► P. Ignacio Álvarez Gómez\*



# El reinado de Dios como horizonte de la teología de la Doctrina Social de la Iglesia

P. Ignacio Álvarez Gómez

## Introducción

Con la presente reflexión se pretende exponer la justificación e identidad propia de la enseñanza de la Iglesia en el campo social, no partiendo simplemente de la identidad propia de la Iglesia de manera inmediata, y más aún de la misión evangelizadora de la misma, sino intentando ver su misión y enseñanza desde la realidad del Reinado de Dios. Dos razones nos mueven a tener como referente el Reinado de Dios:

1ª.) Las expresiones «Reino/Reinado de Dios<sup>1</sup>» indican a Dios actuando en la vida los hombres: y como Dios es amor, su actuación amorosa. Con Jesús tenemos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo volcado hacia los hombres; por eso para Jesús el Reinado de Dios era su centro vital. En su ministerio evangelizador, la realidad del Reinado de Dios es el objeto de su interés y precisamente lo que busca es que todos los que le escuchan, aquellos a quienes encuentra, quiere invitarlos a dejarse

«provocar» por el amor de Dios que llama a los hombres a volverse a Él y por lo tanto a romper con lo que los separa de Él, para hacer de ellos sus hijos. Es esta realidad de ser hijos de Dios, la que origina la fraternidad para ser vivida mediante la justicia, la solidaridad, la libertad, el amor, la paz y la misericordia.

2ª. El anuncio del Reinado de Dios que hace Jesús, nos orienta por lo tanto al ámbito de la política. Ésta, entendida como búsqueda del bien común, nos sitúa allí donde los hombres entramos en relación para recíproco reconocimiento necesario para la convivencia y la búsqueda de organización. Por eso elegimos personas que desde el poder gubernamental se interesen por lo público, favorezcan el respeto de la vida, el ejercicio de los derechos e impulsen la responsabilidad. Con tales dimensiones, estamos aludiendo a la ética que debe operar en el campo de la política. Sin la ética, la política se puede convertir en el simple arte de

**1** Cuando encontramos las expresiones: Reino de los cielos, Reino de Dios, Reinado de Dios, hemos de entenderlas no como algo distinto de Dios, sino como Él mismo actuando hacia nosotros. En la teología podemos ver el Reino entendido como Dios mismo con relación a nosotros, es la meta definitiva, la comunión con Él es la aspiración de los cristianos. Cuando se asume la expresión, Reinado de Dios, es para comprender la dinamicidad de su acción amorosa que se nos ofrece para transformarnos a nivel personal y comunitario; es la manera dinámica del amor de Dios uno y trino que se historiza y nos provoca para que lo acojamos en nuestra vida. Al abrimos al amor de Dios, entra en juego nuestra libertad para responderle y comprometernos en esa relación. En esta apertura, respuesta y compromiso, tenemos que hablar entonces de historicidad y por lo tanto de encuentro, compromiso y comunión con Él y con el prójimo.

la simulación. Desde la perspectiva bíblica hemos de hacer alusión a la alianza de Dios con los hombres y de los hombres entre sí; por lo tanto, referencia a la dignidad de todo ser humano, a la justicia, la solidaridad, al servicio orientado a todos los hombres sin ninguna discriminación, al ser humano por ser humano, etc.

Según nuestro propósito, es necesario prestar atención en primer lugar a la realidad del Reinado de Dios como horizonte desde el cual comprendemos la Iglesia y su misión y dentro de ésta, en qué consiste la evangelización. Sólo así podremos ver el alcance de la Doctrina Social que debe darse al servicio de la evangelización como doctrina y praxis de fe al servicio del Reinado de Dios. Desde esta verdad articulante del Reinado de Dios y de la Iglesia servidora de dicho Reinado, es como pretendemos exponer la identidad teológica de la Doctrina Social de la Iglesia, entendida como memoria y praxis de fe a través de las diferentes culturas y que progresivamente se ha venido constituyendo en riqueza humanizadora por estar al servicio del hombre en su dimensión personal y social.

## 1. Reinado de Dios en el Antiguo Testamento

En la fe de Israel existía la conciencia de que Dios era rey de toda la realidad por la creación y de Israel por la elección. Esta fe la encontramos expresada en términos de acción de gracias y de alabanza. Los profetas nos aportan en su enseñanza algo que es decisivo para comprender a Jesús. En momentos de opresión crítica, tales como el de los seléucidas, que ponen en crisis de manera seria la identidad cultural y religiosa de los judíos, tal como nos muestra el libro de Daniel, y en el momento del exilio de Babilonia, como podemos ver en el Deutero-Isaías, aparece la esperanza viva en el Reinado de Dios, que en la historia del pueblo de Dios está vinculada a la esperanza del Mesías. Reino de Dios es el clamor esperanzado de un pueblo que experimenta con dolor el yugo de

otros reinos que no son Yahvé, y a la vez que experimenta que en el corazón del mismo pueblo los jefes ungidos como reyes y que están llamados a significar la presencia reinante de Yahvé, caen en la idolatría y en la ambición. Son los profetas entonces quienes mantienen viva la esperanza en un Mesías que instaurará un Reinado en el presente histórico y cuya plenitud se da en el futuro. Supone la liberación de Israel, la restauración de las doce tribus, la renovación del templo y eventualmente, la resurrección de los muertos.

El Deutero-Isaías se dirige a un pueblo que sufre en el exilio y pasa por tormentosos años de oscuridad, a tal punto que desesperado se resiste a creer; el dolor le ha hecho «ciego y sordo». Pero la esperanza no está sepultada, ella duerme, aunque su sueño tiene rasgos de muerte. El profeta despierta su esperanza al anunciarle una manifestación futura del Reino de Dios que tendrá carácter liberador:

*«Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias, que anuncia salvación, que dice a Sión: Ya reina tu Dios» (Is 52,7).*

Allí donde los reyes y potentados de la tierra han implantado la opresión de manera totalitaria, se hace sentir el señorío de Dios y viene el derrocamiento del poder opresor; la acción liberadora de Dios llega en defensa de los que sufren la opresión y en donde antes había sólo debilidad, se experimenta el fortalecimiento y la esperanza (Is 40,29-31; 41,17).

Muchos siglos más tarde, el profeta Daniel vuelve a anunciar la instauración del Reino de Dios en el futuro. La esperanza es alimentada desde el futuro en el cual Dios empeña su palabra hecha promesa<sup>2</sup>. En los capítulos 2 y 3 Daniel emplea la imagen del Reino de Dios como una piedra que se desprende y causa destrucción a los cuatro imperios opresores de Israel que le han



<sup>2</sup> Daniel, 3,31-33; 4,31 ss; 6,26-28)

precedido. Si pasamos al capítulo 7 encontramos que el profeta da cuenta dentro del género apocalíptico, de lo que es el Reino de Dios en contraste con los poderes políticos de aquel entonces<sup>3</sup>. Sin olvidar que el libro está escrito en tres lenguas (hebreo, arameo y griego y que la primera parte (cc. 1-6) es la narrativa referente al judío Daniel deportado en el año 597 a. C. a Babilonia; la segunda parte (cc. 7-12) contiene cuatro visiones narradas por Daniel y que se refieren a la victoria del inocente injustamente condenado (historia de Susana) y sobre la pretensión de idolatría<sup>4</sup>.

Nos detenemos en el c. 7 cuyo punto central es la espera del nuevo Reino de Dios en sustitución del viejo mundo y de la vieja historia que ya no responden al designio originario de Dios. Se trata de una visión en la que van apareciendo desde el abismo del mar cuatro bestias, que representan a los imperios opresores. En contraposición ve venir del mundo de los hombres una figura humana, como «hijo del hombre», que se acerca al Anciano que está sentado en su trono. Esta figura humana simboliza al pueblo de los fieles y justos, que va a recibir de Dios gloria y poder. Daniel pone de presente que el Reino de Dios, en contraste con los reinos que le han precedido hasta ahora, está caracterizado por unos rasgos profundamente humanos. Por eso habla de la pronta venida del Reino de Dios a este mundo que se ha vuelto inhumano por la injusticia y por la intolerancia; aparece la salvación en el único hombre capaz de ofrecerla (el Hijo del Hombre, Dn 7,13), o sea en el Mesías<sup>5</sup>. Para el Deutero-Isaías y Daniel, el Reino de Dios viene a ser una radical crítica que parte de su fe en el Dios único que vuelca su amor liberador hacia los hombres que están sumidos en la opresión y que por lo tanto se dirige y actúa contra lo que podemos llamar el antirreino, representado por los poderes babilónico o griego y a su vez instaura la justicia, la verdad y el amor liberador.

Habida cuenta de que el Reinado de Dios se va revelando de múltiples maneras y en primer lugar por la aparición de toda vida humana no aislada

del mundo, debemos tener presente que Jesús, el portador del Reinado de Dios, anuncia su presencia en el mundo de los hombres y por eso en las parábolas, en sus acciones restauradoras de la vida (los milagros) y mediante las bienaventuranzas y en la misma oración del Padre Nuestro, está mostrando que el Reinado de Dios es una oferta, un don que está viniendo siempre y es objeto de petición (Mt 6.10).

### 1.1. Jesús y el Reinado de Dios

Ya hemos indicado al comienzo el carácter central del Reinado de Dios en la vida, ministerio y actuación de Jesús. No sobra agregar que Jesús emplea este símbolo del Reino para dar a entender quién es Él con respecto al Padre y con respecto a los hombres destinatarios del acontecimiento que él proclama. Interesante notar que la expresión Reino de Dios se remonta a Jesús, quien la usa frecuentemente. No se explica como proyección de la Iglesia posterior, ya que hace uso escaso de ella<sup>6</sup>. ¿Por qué Jesús hace del Reino de Dios su símbolo teológico central? ¿Qué implicaciones sociales tiene? Antes de proseguir es preciso decir que la expresión Reino de Dios es un símbolo profundamente ambiguo. Dada su riqueza de significación se puede entender de formas diferentes e incluso contradictorias. En nombre de Dios se han llevado a cabo grandes tareas de amor desinteresado, pero también se ha llegado a ejercer la violencia e incluso se han legitimado guerras.

Para Jesús, el Reino es como hemos anotado antes, un símbolo, o sea un acontecimiento relacional para entender que con Él, Dios cumplía su promesa de «ser Dios con nosotros», un símbolo para entender su mensaje, su actuación, la repercusión que alcanzó y el movimiento que generó. Para Jesús, el Reino de Dios es la afirmación histórica del señorío de Dios, la revelación de su misericordia. Con su Reinado instaurado de manera personal con Jesús, Dios mostraba un nuevo amanecer para la realidad entera y por eso Jesús proclama la gran noticia esperanzadora: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está



<sup>3</sup> El libro de Daniel, encuentra su ubicación más que entre los profetas, entre la literatura apocalíptica (revelación o narración presentadas a través de la «visión»). En cuanto a la época es del siglo II a.C. El ambiente es Babilonia y todos los personajes que actúan en aquel contexto y que forman el tejido «histórico» del libro, han de ser comprendidos como artificio literario o como residuos de textos más antiguos. La intención del autor es sostener la fe de sus contemporáneos que estaban viviendo en la época de los Macabeos, caracterizada por la persecución seléucida y por la resistencia judaica.

<sup>4</sup> Cf. G. Bernini, *La Biblia, Daniele*, Edizioni Paoline Roma 1984, 1389

<sup>5</sup> Cf. Rafael Aguirre, *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo*, Verbo divino 2001, 11-15.

<sup>6</sup> La expresión aparece 100 veces en los sinópticos. Su distribución es la siguiente: **13** en Marcos; **9** en dichos comunes a Mt y Lc; **27** en textos exclusivos de Mt; **12** en Lc. *Fuera de los sinópticos aparece 2 veces en el Evangelio de Juan*; en todo el cuerpo paulino 10 veces; en Hechos, 8; en Hebreos 1; en Santiago 1; y en el Apocalipsis de Juan 2.

llegando», convertíos y creed en esta buena noticia» (Mc 1,14-15). Se trata de un Reino, del Reino de su Padre que se va a afirmar en el futuro, pero que de alguna manera está irrumpiendo ya. El camino más sencillo para comprender el Reino es el indicado en la pedagogía de Jesús: seguir la indicación de las parábolas que se abren con la expresión «con el Reino ocurre como...», nos introducen en un acontecimiento en el que Jesús «nos provoca» para que dejemos entrar a Dios en nuestra propia vida.

El Reino tiene por origen y contenido a Dios y por sujeto que lo introduce en el mundo a Cristo; así, con su propia historia afecta decisivamente al tiempo y pone al hombre ante nuevas posibilidades: ser de Dios sin dejar de ser del prójimo. Es esto lo que nos muestran las bienaventuranzas, o vale también decir, mostrar que somos de Dios por la manera como vivimos con el prójimo. Lo anterior nos indica que «el Reino no es un hecho resultante de la naturaleza»<sup>7</sup>, ni es primordialmente el fruto de la cultura. El Reino se recibe de Dios y es Dios mismo que nos llega con Jesús. Abarca por lo tanto el presente y el futuro, al hombre y a Dios, el corazón y la sociedad. El Reino es un don del Padre y el portador de dicho don es Cristo bajo la acción del Espíritu. Por eso oramos diciendo: «Venga a nosotros tu Reino. «El ser humano está invitado a descubrirlo, acogerlo, agradecerlo, vivirlo y celebrarlo con alegría y a dejarlo fructificar. Jesús deja muy en claro que el Reino es de Dios: «el grano brota y crece, sin que el hombre sepa cómo» (Mc 4,27). Si el Señor no construye la casa, en vano se fatigan los albañiles, dice el salmo; el Reinado de Dios se está dando ya pero no de manera definitiva: es un presente cargado de futuro o si se quiere podemos decir: es un presente futurizado garantizado en la persona de Jesús que con su vida lo hizo presente en la historia y coherentemente con la entrega de su vida valió que Dios lo haya afirmado para siempre con el acontecimiento de su Pascua.

calificar la pobreza: «en el espíritu». (Mt 5, 3). Esta adición es una adaptación que hace Mateo al círculo judeocristiano cuyos miembros buscan el crecimiento según las exigencias del Reinado de Dios. Mateo quiere acentuar que la «pobreza» como tal no es título de admisión al Reinado de Dios. Esta primera bienaventuranza que podemos considerar la entrada en la estructura de la enseñanza de Jesús nos presenta el elemento radical que se presupone en todas las bienaventuranzas que ciertamente están articuladas: el reconocimiento y aceptación de Dios; nos indica la doble polaridad: nuestro origen y nuestro futuro es Dios, acogido y vivido en nuestra vida privada y social. Esta bienaventuranza es requisito para adentrarnos en el carácter programático de todas las bienaventuranzas. Podemos decir que no solamente tiene relación con el primero de los mandamientos, sino que nos dice cómo debemos tener el corazón para amar a Dios y al prójimo.

## 1.2. Bienaventuranzas y las parábolas como punto focal para la Doctrina Social de la Iglesia

Los tres evangelistas sinópticos convergen en informarnos que el tema central de la predicación de Jesús fue la llegada del Reino de Dios, y Jesús con su vida nos demuestra que el presente y el futuro, si bien son distintos, están esencialmente unidos: Jesús predica la salvación futura y la hace presente con su praxis; esto quiere decir que hay una conexión entre su persona y el Reino de Dios. En primer lugar encontramos la venida del Reino y la conversión. Esto mismo lo vemos insinuado de manera esencial entre «venga tu Reino» y hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. El don de la conversión tiene el sentido de cambio de una nueva mentalidad y una nueva actuación fundada en la convicción de la cercanía del Reinado de Dios. La conversión así entendida viene a ser un exponente histórico de la venida del Reino.

*Las bienaventuranzas.* En cuanto a las bienaventuranzas, éstas constituyen el exordio del discurso programático que hace Jesús. Baste aquí

Detengámonos en lo pertinente a las bienaventuranzas. Según los especialistas, en el texto de Mateo podemos observar la adición para

<sup>7</sup> O. González de Cardedal, *Cristología*, BAC 2001, 48.



disposiciones espirituales. Esto indica que el mensaje va dirigido a los cristianos en camino hacia la perfección<sup>10</sup>.

*Las Parábolas.* Las parábolas fundamentalmente son narraciones que se mueven en torno a algo paradójico e incluso insólito. Buscan hacer pensar al oyente o al lector en orden a su conducta. Tienen entonces un carácter provocador para incitar a quienes las leen u oyen, a entrar en su propio mundo para llevarlos a considerar su propia vida en la cual Dios quiere entrar. El mensaje de las parábolas está en estrecha relación con el del Reino y con la situación de la vida histórica de Jesús que lo proclamó y lo instauró. A través de las parábolas es posible hacer un sondeo de las dimensiones del misterio del Reino, ya que Jesús ha hablado del mismo sobre todo a través de las parábolas y ha impreso el sello de su poderosa personalidad.

Tres rasgos caracterizan el lenguaje parabólico: *la praxis*, o sea una manera de obrar; *lo dialógico*, o sea instrumento de diálogo y, finalmente, *la fuerza persuasiva* de la experiencia personal de Jesús. Se trata de la experiencia derivada de sus convicciones, de su modo de ver el mundo y la historia, el sentido de su misión, de su experiencia personal del Padre, de su modo concreto de manifestarlo en gestos de misericordia. Jesús traduce la manera con la cual Él comprende el comportamiento de Dios. En este sentido se puede decir que las parábolas son un medio de acceso a Jesús en persona.

El mensaje de las parábolas lo encontramos en estrecha relación con el del Reinado de Dios y con la situación de la vida histórica de Jesús. Las parábolas reflejan con particular claridad la buena noticia y el carácter escatológico (definitivo) de la predicación de Jesús que llama a la conversión. Por medio de las parábolas es posible adentrarnos en las dimensiones del misterio del Reino, ya que Jesús ha hablado sobre éste, mediante las

parábolas y ha impreso en este lenguaje el sello de su personalidad, el estilo de su palabra y de la condición de su vida. Es claro que en las parábolas hemos de ver una reelaboración debida a los evangelistas o a las tradiciones subyacentes en los sinópticos; es decir, en el transcurso de la tradición ha habido una relectura en función

de las necesidades. Pero de aquí no se puede excluir el origen histórico de los relatos parabólicos. Lo que aparece claro es el significado del lenguaje de las parábolas. En contraste con un estilo empleado por los rabinos para hacer más claro un punto doctrinal o para explicar un pasaje de la Escritura, en la enseñanza de Jesús, el lenguaje parabólico es empleado por Él como medio de transmisión del anuncio mismo y no sirve sólo de apoyo a una doctrina<sup>11</sup>.

La persona misma de Jesús es una parábola. En sus relatos y sus acciones, en la solicitud por el hombre y su historia de dolor por los publicanos y pecadores, tullidos y ciegos, los desheredados y los poseídos «por malos espíritus». Realmente Jesús es una parábola viva de Dios<sup>12</sup>.

Lo anotado hasta aquí sobre Reino, Reinado de Dios, Bienaventuranzas y parábolas, ha pretendido acceder a las líneas de fuerza focales que nos permiten tener un horizonte de carácter personal, el de Jesús de Nazaret el Hijo de Dios, cuya atención central durante su ministerio era precisamente la benevolencia de Dios para todos los hombres, mostrando en sí mismo cómo se comporta Dios con el hombre, lo cual lo lleva a decir: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso» (Lc 6,36 par Mt 5,48) y de ahí también: «Bienaventurados los misericordiosos» (Mt 5,7). Es aquí donde se concreta la 'ortopraxis', o sea, obrar de acuerdo con el Reino de Dios. Esto nos pone de presente que en la actuación de Jesús, en su estilo vital, su mensaje no simplemente es el sentido de Dios lo que Él nos comunica sino que ese sentido lo historiza en su manera de vivir.



<sup>10</sup> Cfr., Marcello Bordon, op. cit., 105-106. Una buena síntesis teológica sobre las Bienaventuranzas en Mateo, se puede ver en Fernando Camacho, *La Proclama del Reino*, Cristiandad, 1986, 162-182.

<sup>11</sup> Cfr., Günther Bornkamm, *Jesús de Nazaret*, Sígueme 1990, 72-78.

<sup>12</sup> Cfr., Edward Schillebeeckx, *Jesús. La Historia de un viviente*, Cristiandad, 1981, 143.

## 2. El Reinado de Dios y la Iglesia

La Iglesia no se entiende a partir de ella misma. Y si podemos decir que Cristo es su centro, igualmente tenemos que decir que el centro definitivo es Dios en su realidad trinitaria porque él, Cristo, es la segunda persona de la Trinidad. Así comprendemos a Cristo el Mediador, el Hijo enviado, quien ha tenido como foco vital de su existencia el Reinado de Dios, constituyente y constitutivo de la acción evangelizadora bajo la acción del Espíritu. Con lo dicho pretendemos dar a entender que la Iglesia la comprendemos en cuanto lo que ella es: comunidad convocada por Cristo, su cuerpo histórico, cuya misión es anunciar desde la óptica de Dios uno y trino su Reinado instaurado definitivamente por Cristo resucitado, para que los hombres accedamos al encuentro comunal con Dios. Por eso Cristo ha querido perpetuar su presencia vivificante en una comunidad convocada, la Iglesia; sus miembros han sido llamados por Jesús para que estén de su parte (Mc 3, 13:) y por lo mismo estén vinculados a su Misión en calidad de discípulos, seguidores, testigos, que proclaman el mensaje, lo historizan, buscan cómo tome cuerpo en la actitud de las personas, vivida en el marco concreto de las instituciones de familia y diferentes grupos sociales de las culturas que se encuentran en el Estado.

Hay una frase en el Vaticano II muy significativa con respecto al Reino de Dios y la Iglesia. «Nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, la llegada del Reino de Dios<sup>13</sup>. El evangelio nos muestra que desde el comienzo de su ministerio es Jesús quien escoge «con autoridad» a sus discípulos.

El relato evangélico de las primeras vocaciones (Mr 1,2,19; 16-20; Mt 4, 18-22; Lc 5, 10; Jn 1, 37 s) revela que los discípulos de Jesús llegan a ser tales porque han sido llamados por Jesús. Ellos han sido escogidos de entre la multitud por decisión de Jesús: ellos han sido llamados (Mr 3,13) para que estén de su parte «siganme» (Mr

1,17). Semejante es la vocación de Leví (Mr 2, 14). El discipulado que Jesús va conformando implica una singular relación con su persona y su misión. En otras palabras, se trata de la adhesión a Jesús mismo, a su vida, a su causa, a su destino (Mr 3, 15; 6,7 s).

Esto es indicativo de que la Iglesia teológicamente hay que comprenderla como desarrollo del amor de Dios Padre que de manera suprema se ha manifestado en Jesucristo. Veamos dos aspectos: de una parte, *la Iglesia como realidad histórica*, no la podemos comprender sin Jesús, sin lo que Él predicó, sin lo que Él hizo, sin el movimiento que Él desencadenó dentro del judaísmo, sin el testimonio de seguimiento por parte de sus discípulos tras la muerte y la experiencia pascual de Jesús. De otra parte, desde el punto de vista teológico, la Iglesia no es comprensible ni justificable sin la obra del Espíritu Santo, que perpetúa de manera dinámica la obra de Jesús. Vale decir, la Iglesia como realidad histórica es signo, «sacramento histórico» de Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, y por lo mismo la Iglesia es servidora y signo del Reinado de Dios. Por eso está continuamente llamada a la conversión y a la santificación<sup>14</sup>.

Ya hemos anotado que la actividad que Jesús realiza tiene como central anunciar y hacer presente el Reinado de Dios; pues a la par con tal actividad, se da la convocación del Nuevo Pueblo de Dios. Es claro que el término «Iglesia» lo encontramos solamente dos veces en los evangelios (Mt 16,18; 18,17, pero Jesús habla con gran riqueza de imágenes de un nuevo pueblo que Él acoge como el Pastor reúne un redil disperso (Mt 12, 30; Lc 11,23; Jn 10,1-5.16. 27-28), como el esposo a los invitados a las nupcias (Mc 2,19), como la viña de Dios (Mt 13,24), como la red de pescar (Mt 13, 47), como la ciudad sobre el monte (Mt 5,14). Un pueblo de amplias proporciones que abarca no sólo a los oyentes de la Palabra y son considerados sus hermanos (Mr 3,34) y los pequeños a quienes les

<sup>13</sup> Vaticano II- *Lumen gentium*, 5.

<sup>14</sup> Sobre la relación entre Reinado de Dios e Iglesia, son muy enriquecedores los siguientes teólogos, entre otros: E. Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 15; Joseph Ratzinger, **Reino de Dios e Iglesia**, en *Cuestiones actuales de teología*, Bogotá 1974, 58; Rafael Aguirre, **La tensa relación entre Iglesia y Reino Dios**, en *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo*, Verbo divino, 2001, 45.

son revelados los misterios del Reino (Mt 11,25), sino aún más, aquellos que no pertenecen al círculo de los seguidores: todos los necesitados, oprimidos y abandonados (Mt 25,40). A todos éstos los convoca y los reúne en torno a sí, para constituirlos en comunidad; a ellos les da normas de vida y de renuncia. Dentro de tantos convocados, encontramos el grupo de los 12, como lo indica el pasaje ya visto de Marcos 3,14. Ellos tienen un servicio particular al interior de la comunidad del Reino. Sobre esto trata el cap. 18 de Mateo.

La anterior reflexión abre un amplio campo para adentrarnos en la realidad social, y al interior de ésta, para intentar ver cómo la Universidad, como centro privilegiado de la cultura, donde desde la investigación y también desde la proyección del conocimiento dé las posibles soluciones de los graves problemas de la sociedad que toman proporciones gigantescas con el fenómeno de la globalización, que pone realidades contrastantes de cercanía entre las culturas, pero también de exclusiones desde todo punto de vista. Esta es una tarea que queda pendiente.